

Hay un amanecer para cada noche.

Mis errores no justificaron nunca tus golpes. Mis inseguridades no tenían que encadenarme a tu lado. Mi persona no tenía porqué aguantar tu maltrato. Mi humanidad no necesitaba tu arrepentimiento, necesitaba amor.

Todos vagamos por el mundo buscando lo mismo: alguien que sepa instalarse en nuestro corazón sin rozarnos, alguien que nos haga sentir especiales, alguien que nos quiera incondicionalmente.

Mi cuerpo no debería invadirse de miedo cada vez que oía como girabas las llaves de la puerta de la entrada de casa, mi estómago no debería encogerse en un puño, mi corazón no debería acelerarse desesperadamente hasta llegar a mis oídos, el pecho no se me tendría que cerrar y encoger de pavor. No debería costarme respirar, ni sentir el miedo como una capa paralizante sobre mí, cada vez que atravesabas el umbral de la puerta.

Eso no era vivir. Y tardé en darme cuenta. Sucedió un día, el día en que ¡le miré! ¡le miré a los ojos! ¡Y me di cuenta! Esa no era la persona de la que me había enamorado.

Era un desconocido. ¿Por qué estaba dejando que un desconocido me maltratara?

Tenía que salir de ahí antes que fuera demasiado tarde. Sabía dónde estaba la salida, debía correr hacia ella. Tenía que encontrar mi voz y alzarla. No era amor, ni me amaba ni me quería.

Y ya sabéis que decía Winston Churchill: “Si atraviesas un infierno, sigue adelante”. Si había sido capaz de aguantar el maltrato, de enfrentarme cada mañana el espejo, de llorar en silencio, de sonreír a mis hijo y afrontar otras situaciones como si no estuviera viviendo ese infierno: Ya había sido valiente. Y podía continuar siéndolo.

Levanté la voz y pedí ayuda.

No estaba sola. Nunca lo había estado.